

## el décimo, no codiciar laureles ajenos

El interés de "El diablo y los diez mandamientos" no está, desde luego, en el film en sí —una obra de apelaciones puramente comerciales, en la más clásica tradición del "cinéma de qualité", y destinada al consumo interior inmediato—, sino en las reflexiones que suscita en torno a la figura de su autor, Julien Duvivier. Hoy Duvivier es universalmente considerado un artesano más o menos honesto, un fabricante de productos más o menos éticos de cara a la taquilla. Pero hace unos años, no demasiado, se le tenía —y no sólo en España— por uno de los "grandes del cine francés" de ese cine literario, empulso y basado en la explotación de los números de actores que hacía las delicias de los cine-clubs. En una increíble amalgama, se le situaba a la altura de un Renair.

En nuestro país, concretamente, las obras de Duvivier eran el plato favorito, el plato fuerte, de las sesiones cineclubísticas, en la época no muy lejana en que aquellas conservaban todavía su carácter de extrañas raras catacumbísticas. "Poil de Carotte", "Carnet de baile" y "Rumbo al Canadá" se pasaban una y otra vez ante la admiración y el pasmo de la mayoría, mientras en las salas comerciales triunfaban, por su exquisitez, "Al margen de la vida", "Lydia" o "Seis destinos". Estos dos films eran caballo de batalla en las discusiones —entonces tan frecuentes como ahora— en torno a la supremacía del cine americano sobre el europeo, o viceversa. El nombre de Duvivier acababa siempre por emplearse como argumento máximo, en uno u otro sentido...

"El diablo y los diez mandamientos", que hoy no es capaz de promover la menor polémica, no es, sin embargo, ni mejor ni peor que aquellos films. Incluso sigue paso a paso el esquema que los sirvió de base: unos "sketches" arbitrariamente enlazados por un nexo de unión, interpolados por figuras prestigiosas, con un hábil equilibrio entre humor y drama. ¿Qué otra cosa eran "Seis destinos" o el tan cacareado "Carnet de baile"? Lo que ocurre es que, lamentablemente, una serie de mitos instaurados por una crítica irresponsable, acompañada de ser tal crítica de cine y con veleidades literarias, se van viniendo abajo. Lo mismo que va desmoronándose el mito de Europa como única fuente posible de cultura. Los films de Duvivier eran entonces ensalzados, paradójicamente, porque no parecían tales films, porque eran cuentos ilustrados, porque el diálogo era "espiritual", la acción mínima y la espontaneidad nula, porque los actores actuaban como en el teatro y se expresaban como en los libros.

Al ver, al cabo de los años, un film de este tipo, al reflexionar sobre lo que esta clase de cine representó e incluso hoy sigue representando para muchos, se comprenden muchas cosas en el desarrollo del cine y la crítica franceses en los últimos años. Con frecuencia, al discutir la "nouvelle vague" y el movimiento crítico que le dio impulso, se cae, sin quererlo, en la postura consistente en considerar el cine tradicional francés como algo irrefutable, sin darse cuenta de que de lo que precisamente se trataba era de echar abajo esta exaltación de un cine literario y de abogar por una ruptura cuanto más total mejor, que explica, si no justifica, las abundantes salidas de tono de algunas primeras obras: salidas de tono que hoy, al cabo de pocos años, se admiten en el mundo entero y se consideran como algo normal. En los primeros films de la "n. v." había tanto de iconoclastia como de auténtico afán renovador. De iconoclastia frente a algo que gozaba de alto prestigio no sólo dentro del propio país, sino en el ámbito internacional.

No se trata de admitir en bloque como algo indiscutible la totalidad de las obras más o menos artificialmente englobadas dentro de un movimiento que ha sido analizado más de una vez —y con frecuencia en términos adustos— en esta misma sección, sino simplemente de situarlo en sus verdaderas coordenadas. Que luego este movimiento haya ido decañándose, que muchos de los que fueron consagrados sus profetas en los primeros días hayan ido quedando eliminados de la carrera o se hayan pasado a la acera de aquellos mismos sobre los que hicieron recaer todas sus iras, es otra cuestión. Pero de que sus arrebatos de cólera eran en gran parte justificados da fe el hecho de que aún hoy, casi diez años después, cuando el lenguaje cinematográfico ha experimentado un giro radical, cuando el cine empieza a hacerse adulto, los films "de" Gabin —recuérdese "Como un trueno"— siguen siendo los campeones de taquilla en su país de origen y muchas veces fuera de él, el que toda una tradición de conformismo siga incluírme a todos los avatares, el que a films como "El diablo y los diez mandamientos" siga aplicándoseles el calificativo de "muy franceses", naturalmente en sentido encomiástico.

CESAR SANTOS FONTENLA

## alicante, 11 de octubre de 1966

CUANDO, con distinción inesperada, me dijo Gaspar Peral —autor, viejo seguidor del teatro, actual teniente alcalde y responsable de las actividades culturales del Municipio— si quería participar en el homenaje a Arniches organizado por la ciudad de Alicante, con ocasión del centenario, impuse una sola condición: que me eximiese totalmente del tono laudatorio, onerístico y blando que suele dominar en los homenajes, para cambiarlo por un trabajo crítico e incluso polémico. Gaspar Peral aceptó. Y de ese tenor fueron los folios que lei en el Salón de Sesiones del Palacio Municipal, el día justo del centenario. Luego, Enrique Llovet leyó los suyos, escritos con parecido espíritu. Finalmente, Gaspar Peral comunicó el fallo del último Premio Arniches, que declaraba vencedor a Carlos Pérez Dann por su obra "Mi guerra".

Pido perdón por ser cronista de mis propias actividades. Pero no veo otra forma de llegar al tema que quiero plantear, y del que la tarde alicantina del 11 de octubre fue un dato ilustrado.

Se trata, simplemente, de preguntarnos por la falta de respetabilidad de nuestras conmemoraciones y homenajes. Pienso y creo que si la sociedad se cree en el deber de recordar y celebrar los centenarios de los autores, es porque van referidos a hombres cuya obra nos importa, nos afecta, está viva, tenemos algo que decir de ella. Coquetear a Carlos Arniches, de obra tan extensa, disforme en sus valores, y reducirlo a un monumento de respetabilidad es tanto como destruirlo. Como beatificar sus ideas y venidas, sus palabras vivas y muertas, sus aciertos y sus errores, sus solidaridades y sus egoísmos. Es volver a Arniches sobre sí mismo, hacer de lo «arnichesco» un valor inmanente y no una actitud a lo largo de medio siglo de historia española, con sus puntos de luz y sus etapas de ceguera. ¿Cómo homenajear y recordar a don Carlos Arniches sin esta previa decisión de leerle, entenderlo y quedarnos con lo que de verdad nos valga y nos emocione?

Un escritor se define por contradicciones, superadas o no; todo él es un proceso, lo más de las veces inconcluso o truncado por las circunstancias. Un escritor no es una unidad cerrada, acabada. Y, si realmente queremos respetarle, no hay más remedio que pronunciarnos sobre sus diversas etapas, sus diversas obras, sus adecuaciones históricas, la razón y sentido de sus respuestas a las incitaciones sociales de los tiempos por donde discurre.

Ya sé que ésta no es costumbre española, máxime si se trata de actos públicos. Ya sé que lo normal es que los centenarios se nos pasen sin que aumente la comprensión de la obra de los homenajeados; y que, más allá de los «actos públicos», colección de placas en las fachadas de los casas, o la edición y representación de alguna de sus obras, hecho todo con el santo y seña del acta del Registro Civil, suele haber bien poco. Que el trabajo serio y el curso cultural, en suma, no saben de premuras u oportunismos de centenario.

Por todo ello, precisamente, me parece importante el tono del homenaje del Ayuntamiento alicantino a Carlos Arniches. Preferiría no haber sido conferenciante para hablar con más libertad. En todo caso, no importa demasiado lo que allí se dijo en concreto a los efectos de este comentario; lo que quiero subrayar es que nadie confundió el homenaje con la pelotilla.

Fundamental fue para la jornada el que encontrásemos una obra como "Mi guerra" para darle el Premio Arniches del 66. Estoy convencido de que es una de las obras más interesantes que han propuesto últimamente nuestros concursos teatrales y que Carlos Pérez Dann, su autor, tiene un puesto en el futuro inmediato de la escena española a poco que ésta siga abriéndose y democratizándose.

Su tema, profundamente crítico, es el de las causas auténticas y encubiertas de la guerra. La obra concluye con una guerra final que, en lugar de dilucidar intereses, afronta la necesidad de unas nuevas estructuras a las que no hagan falta las guerras periódicas. Inútil insistir sobre la categoría temática del drama. Su forma, eludiendo el «verismo», maneja un tipo de personajes simbólicos, pero nada metafísicos, en los que una encuesta oculta de toda la historia mundial contemporánea. La cámara negra, la luz, los posibles fondos musicales, son el ámbito de esta ejemplificación. El diálogo se establece sobre una serie de planos que se interfieren entre sí y crean un ritmo; la tensión dramática existe no sólo dentro de la obra, sino en la relación que los monólogos establecen entre el drama y el espectador al que van dirigidos.

Claro que, como siempre se dice en estos casos, una lectura no basta. Habrá que esperar a la representación. Una representación, por lo demás, peligrosa, en la medida que el texto deja abiertos muchos márgenes a la dirección escénica. Un montaje insoportable destruiría la obra, o la haría parecer ignavia. Pero estoy convencido de que, manejando el texto con luz y violencia, "Mi guerra" puede encarnar una interesante representación.

No sé si el balance alicantino es bueno para el día del centenario del nacimiento de Arniches. A mí me pareció bueno. Se habló con sinceridad del homenajeado, se dijo por qué y en qué cada uno lo estimaba vigente, y se dio el premio a una obra generosa, iracunda, original y joven.

JOSE MONLEON